

LOS VALORES Y LA IDENTIDAD FEMENINA

**MARGARITA
BOLADERAS**

La evocación de la singular biografía de Sonia Kovaliévskaja, matemática y escritora rusa, sirve de punto de partida para considerar las interrelaciones profundas que se producen entre los valores y derechos socialmente reconocidos, las estimaciones personales y la configuración de la identidad. En el caso de la identidad femenina, las vicisitudes históricas que han obstaculizado el reconocimiento de un espacio para la mujer en el ámbito público han supuesto, a su vez, la limitación de sus posibilidades de conocimiento, autorreflexión y crítica, afectando gravemente a la realización efectiva de sus capacidades. El conocimiento de esta situación permitirá reaccionar a las mujeres en concreto y a la sociedad en su conjunto, a fin de evitar los errores del pasado. La ética que desarrollan algunas autoras contemporáneas intenta superar la injusticia, implícita en ciertas versiones de las morales tradicionales.

El caso de Sonia Kovaliévskaja

El célebre matemático Weierstrass recibió una extraña solicitud en su despacho universitario berlinés. Una joven rusa, Sonia Kovaliévskaja, de soltera Corvino-Kruxovski, quería estudiar matemáticas con él y le rogaba su consentimiento y ayuda para superar los obstáculos que se oponían a ello. Corría el año 1869 y la universidad de Berlín no admitía mujeres. ¿Qué podía hacer para ser aceptada como alumna? Las referencias que presentaba eran inmejorables: había estudiado física con Kirchhoff y Helmholtz, química con Bunsen y matemáticas con Leo Königsberger, todos ellos científicos punteros del momento; precisamente este último, profesor en Heidelberg y antiguo discípulo de Weierstrass, hacía tantas referencias al maestro, que sembró en Sonia la necesidad de

conocer de primera mano la fuente de su saber.

Era un caso insólito: ¿una mujer interesada por las abstracciones matemáticas! El hecho suscitó comentarios. Llegaron al matemático avisos curiosos. Bunsen le comentó que Sonia era una mujer inteligente y muy bella, tan bella como peligrosa, porque ante la elocuencia de sus ojos era difícil resistirse a sus ruegos. La situación comenzó a divertir a Weierstrass. Ante los excelentes informes de Königsberger, decidió ayudar a la joven.

Se dirigió al Consejo Universitario para que admitiera excepcionalmente a la alumna, pero no logró su propósito. Como último recurso accedió a darle clases particulares. Su relación fue intensa en muchos sentidos y fructífera para la investigación matemática. Las clases se prolongaron durante cuatro años, al final de los cuales,

**Siempre ha
sido difícil
el acceso
de las mujeres
al saber**

**Existe una
relación entre el
acceso al saber,
la conciencia de
uno mismo y la
proyección
social de las
personas**

Sonia escribió una tesis sobre la teoría de las ecuaciones diferenciales, publicada al año siguiente en el *Journal de Crelle* (tomo LXXX, 1875). Su aportación era de tal categoría que, por fin, un centro de estudios superiores alemán hizo un gesto oficial a su favor: la Universidad de Gotinga le concedió el título *in absentia*. El intento de reparación subrayó aún más lo grotesco de esta historia.

Weierstrass creía que Sonia merecía un puesto docente universitario y empleó a fondo su influencia en distintos centros para que la promovieran. Pero todo fue en vano. De nuevo, el matemático experimentaba por sí mismo la incongruencia y la injusticia de los anacronismos imperantes en las universidades; resultaba irónico que esto ocurriera no en una institución cualquiera, sino en aquella que representa la cabeza visible de los mejores logros del conocimiento.

Mientras tanto, Sonia había vuelto a Rusia y, como si quisiera emular las gestas cortesanas de la época de su antepasado Mateo Corvino, rey de Hungría, se dedicaba a la vida frívola en San Petersburgo. Enterado Weierstrass, le reclama que no malgaste su talento y que no abandone las matemáticas. Después de algún tiempo y no pocos titubeos, Kovalévskaja reemprende su actividad

científica (1878). Viaja de nuevo a Berlín, luego a París y participa en un congreso de su especialidad en Odesa, en el que tuvo “un éxito delirante”, según un comentarista; fue decisivo para su futuro profesional porque, por la mediación de un colega sueco, Mittag-Leffler, la Universidad de Estocolmo le ofreció una plaza de “lectora” (1884) y, más adelante, una cátedra. Desgraciadamente pudo disfrutar poco tiempo de ella porque murió pronto (1891), a los cuarenta y un años. En los siete años de labor universitaria desarrolló investigaciones de gran valía, entre las que destaca la publicada en 1888 sobre el problema de la rotación de un cuerpo sólido alrededor de un punto fijo, galardonada por las Academias de Ciencias de París y de Suecia.

Identidad, conciencia de sí y conocimiento

El caso de Sonia Kovalévskaja permite hablar de manera concreta y clara de las relaciones existentes entre el acceso al saber, el pensamiento sobre uno mismo (la conciencia de uno mismo) y la proyección social de las personas, así como de las conexiones y tensiones entre los valores socialmente reconocidos, los valores asumidos por los individuos y la construcción de la identidad



personal. El interés de Sonia por la ciencia marca de forma decisiva su adolescencia y vertebrata rasgos importantes de su personalidad; sus contactos sociales estimulan y refuerzan su propia inclinación, sus deseos y decisiones. Sin embargo, su desarrollo se estrelló contra los límites de aquello que la sociedad reconocía como pertinente a las mujeres. Aunque tener dotes y aficiones intelectuales se consideraba una rareza en una joven, como afición privada estaba bien, recibía halagos por ello; por el contrario, era algo socialmente inadmisiblemente aspirar a un espacio público de proyección social y competencia profesional; eso resultaba inconcebible para los sabios académicos alemanes de finales de siglo pasado. Valores sociales y valores personales entraron en conflicto, generando una tensión que incidía directamente en la configuración de su propia identidad.

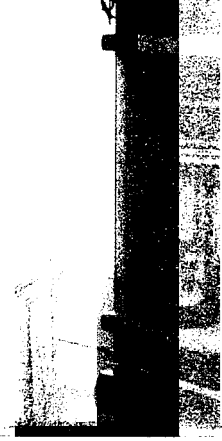
La identidad de Sonia como mujer, apasionada y científica, pende de un hilo cuando su frustración por las limitaciones que la sociedad le impone busca una escapatoria de brillo social en tertulias y galanteos (ese lugar, a la vez concedido y reprochado a las mujeres). La llamada de atención de Weierstrass, no sólo maestro sino amigo, hace resurgir su vitalidad personal, capaz de resta-

blecer la trayectoria de un yo construido con el esfuerzo de años.

El mito de los universales “masculino” y “femenino”

Algunos piensan que una persona y su identidad son entidades determinadas y cerradas desde sus orígenes. Maestros, pedagogos y psicólogos saben bien que la diversidad de los individuos se moldea y cristaliza de maneras variadas según sus experiencias personales, conscientes e inconscientes, fruto de su propia actividad exploratoria, sus relaciones con otras personas, su educación, el medio económico en el que viven, las posibilidades que les ofrece la vida, las alternativas que saben buscar, etc. Esta interrelación permanente entre el individuo y su entorno social configura la sensibilidad, la forma de percibir y comprender el mundo y el conjunto de reacciones e intervenciones posibles. Cada sociedad asigna a los individuos distintos roles sociales, que las personas desempeñan de manera más o menos estándar, según predomine su necesidad de refugiarse en los estereotipos o su capacidad creativa. La cultura (historia, tradiciones, lengua...), la economía, la geografía, etc. gravitan sobre la materia física y mental del ser humano, que va adquiriendo rasgos definidos gra-

La identidad es la síntesis de socialización e individuación



cías a los recursos que tiene a mano y que le vienen dados por el entorno humano y social que le rodea. La identidad personal es el resultado del equilibrio y la simbiosis que los individuos son capaces de establecer entre sus características físicas, cognitivas y emocionales, y los requerimientos, estímulos y prohibiciones de la cultura en la que crecen y se educan.

¿Qué ocurre si las personas se ven excluidas de la recepción de conocimientos y de la participación en la vida pública, en los espacios de intervención social? La respuesta no ofrece dudas: se reducen las posibilidades efectivas de su pensamiento, de su autocomprensión, quedando limitadas a la esfera de lo privado, a los límites estrechos de las relaciones familiares; se cercena el desarrollo de su pensamiento y su sensibilidad; se les impide la construcción de una identidad socialmente completa. Esto es lo que le ha ocurrido a la mujer durante siglos. Sólo algunas mujeres, por su pertenencia a un rango social muy alto (o privilegiado por algún motivo especial), han podido escapar de esta “autolimitación” impuesta socialmente por aquellos que tenían poder para determinar las reglas de organización social.

Esto supone la denegación de la posibilidad misma de constituirse como

persona en su pleno sentido, lo que representa una injusticia radical, una injusticia de magnitud superlativa por ser muchos los seres humanos a los que afecta y por su proyección a través de los tiempos.

Esta situación ha hecho que algunas autoras contemporáneas dedicadas a la problemática moral hablen de la necesidad de construir una nueva ética que descubra la implicación de los esquemas de valores tradicionales en esta injusticia y que propongan alternativas reales de desarrollo integral de la identidad de todos los miembros de la sociedad, una afirmación fundamental contenida en toda declaración de derechos humanos.

Diferencia de géneros: ¿naturaleza o cultura?

Las ideas tradicionales sobre la falta de fortaleza física y moral de la mujer dieron lugar a prejuicios de diverso tipo, que se suponían fundados en la naturaleza débil propia de las hembras. El carácter natural de las diferencias de sexo justificaba el establecimiento de rasgos universales de cada uno de los géneros. La investigación antropológica y psicológica ha desmentido tales convicciones.

Sobre los datos aportados por múltiples ciencias, algunas investigadoras éticas contemporáneas han llevado a cabo distintas propuestas, a partir

**Ciertas
formas de
socialización
son injustas**

del origen cultural y simbólico de las vivencias relativas al sexo. Frente a la idea de que la identidad femenina se encuentra *determinada* por su pertenencia a un género entendido como *sexo biológico*, a lo que se añaden otros condicionantes de tipo social (género social), se hace ahora hincapié en el hecho de que incluso la *identidad sexual* depende de las reglas de cada sociedad y cultura, de lo aceptado y prohibido en los símbolos y formas de pensar y de la forma de vivir las relaciones sexuales. Ello obliga a revisar los supuestos universales “de la naturaleza” y a tomar conciencia de la impronta que los fenómenos sociales dejan en los miembros de una comunidad, en los límites colectivamente asumidos de la igualdad y la diferencia (es decir, de aquello que se estima como semejante y lo que se supone distinto, ajeno, “otro”).

Seyla Benhabib, Linda Kerber y otras autoras trabajan en esta línea, debatiéndose con feministas que defienden teorías más radicales. La filósofa Seyla Benhabib llama la atención sobre la necesidad de incorporar a la perspectiva ética universal la consideración del ser humano concreto, su materialidad y fragilidad corporal, su diversidad genérica y sus diferencias específicas. La experiencia moral de los seres huma-

nos no sólo depende del desarrollo de la capacidad de juicio y la aplicación práctica de puntos de vista universales, sino también de las formas de relación con otras personas y sus posibilidades de establecer vínculos concretos de reconocimiento, estima y autoestima. Estos vínculos son decisivos para la configuración del yo; generan una dinámica de deseos, aspiraciones e ideales que singularizan la existencia personal en relación con los demás, interiorizando significaciones morales.

Un sentido pleno de la identidad requiere la consideración de la existencia como encrucijada de distintas perspectivas: a) la persona como ser vivo que evoluciona según principios antropológicos y psicológicos universales; b) la persona como ser histórico inmerso en determinadas tradiciones y relatos, que le dan voz y sentido; y c) la persona como ser singular que se relaciona con otros individuos de manera más o menos activa y autónoma.

Cada una de estas perspectivas ha sido destacada por distintas concepciones éticas actuales: el universalismo, el comunitarismo y el individualismo. Es preciso darse cuenta de que todos estos elementos juegan un papel importante en la definición de cada persona; asimismo, hay que superar las posiciones unilaterales.

La identidad sexual depende de las reglas de cada sociedad y cultura

Desde Aristóteles, la moralidad ha consistido en la prudencia organizadora de esta armonía del ser humano consigo mismo y con la sociedad en la que vive. La justicia y el bien adquieren su pleno sentido en esta potenciación de las capacidades humanas individuales y sociales. Hoy, el desarrollo del conocimiento nos obliga a ser mucho más explícitos y críticos que nuestros antepasados en la determinación de lo que esto significa.

Pensando de nuevo en Sonia Kovalévskaja, podemos comentar también alguna experiencia referida a su "ser otro" sexual. Durante algunos años se impuso un "matrimonio blanco", para viajar sola por Europa como una digna señora; una situación que utilizó para obtener la libertad de movimientos que necesitaba. Así sobrepuso sus intereses al trato discriminatorio dispensado al género femenino, en una muestra más de su carácter inconformista, pragmático y creativo. De esta manera acertó a conjugar tradiciones, aspiraciones personales, fidelidad a sí misma y honestidad hacia el joven paleontólogo que se prestó a dicho matrimonio, ya que las condiciones fueron explícitas y pactadas.

Pero cabe preguntarse si las sociedades que, finalmente, reconocieron la valía y la personalidad de mujeres

como Sonia, supieron rectificar convenientemente sus errores, abriendo la vida institucional y social a la libre actividad de todas las mujeres. Algo falla cuando son necesarios tantos esfuerzos para que el ideal de la justicia valga y se cumpla también para las mujeres de las sociedades actuales.

MARGARITA BOLADERAS CUCURELLA es catedrática de Filosofía del Derecho, Moral y Política en la Universidad de Barcelona.

BIBLIOGRAFÍA

- BENHABIB, S. y CORNELL, D. (1990): *Teoría feminista y teoría crítica*. Institut Alfons el Magnànim. Valencia.
- BOLADERAS, M. (1996): *Comunicación, ética y política. Habermas y sus críticos*. Teenos. Madrid.
- ELÍAS, N. (1994): *Conocimiento y poder*. La Piqueta. Madrid.
- TUGENDHAT, E. (1993): *Autoconciencia y auto-determinación*. Fondo de Cultura Económica. México/Madrid.
- VERA, F. (1961): *Veinte matemáticos célebres*. Compañía General Fabril Editora. Buenos Aires.

REVISTA DE ANAYA EDUCACIÓN
AÑO II N° 7 1995